

# El campanazo de Neiva

**N**o se puede subestimar el significado de las acciones de las Farc en el Huila, anteayer, con su grave saldo de doce militares muertos y dos empresarios secuestrados. Indignantes, por lo que significa la violencia contra la privacidad de personas sacadas de sus casas en horas de la noche. Preocupantes, por la vulnerabilidad que denota la repetición de una acción casi idéntica al secuestro de 15 personas en la misma ciudad, en el edificio Miraflores, hace más de dos años. Y frustrante, por la percepción de que los éxitos alcanzados contra las Farc no significan que estos exentos de estos actos.

Es una especie de campanazo de realismo para una opinión pública hastiada de los grupos armados, que hoy cree que la anhelada seguridad puede lograrse bajo el gobierno de Álvaro Uribe. Lo cierto es que la guerrilla mantiene su capacidad de golpear objetivos dentro y fuera de las áreas urbanas. Y que la reducción de los secuestros, asesinatos y desplazamientos se debe entender más como la consecuencia de un repliegue de la subversión que de un quiebre irreversible de sus estructuras de combate. Y no se pueden subvalorar las intenciones de este grupo de 'demostrar' que no está derrotado.

La enérgica reacción del presidente Uribe a los hechos da una medida de la explicable conmoción que ellos produjeron en las altas esferas del Gobierno. Y es que no es poca cosa que, en momentos en que se supone que el Ejército le está ganando la guerra a la subversión, esta realice unas operaciones tan audaces como el asalto a un barrio residencial y a una base militar en cercanías de una capital departamental.

Otra cosa es evaluar la conveniencia de dar de baja, en forma tan apresurada, al general Héctor Martínez Espinel, comandante de la Brigada, junto con un coronel y un mayor responsables del Gaula, y a toda la cúpula del DAS en el Huila. O el preaviso de una semana que el Jefe del

Estado dio al Director de la Policía para que corrija las fallas que pudieron presentarse en ese cuerpo. Fulminantes destituciones que ameritan una reflexión. Por la rapidez con que se produjeron podría pensarse que, más que el resultado del frío examen de la conducta de los oficiales y funcionarios afectados, fue la expresión de la comprensible indignación presidencial.

En todo caso, el lamentable episodio no puede hacer olvidar que la fuerza pública ha respondido con indudable eficiencia a las prioridades fijadas por Uribe para luchar sin descanso contra los grupos armados ilegales. El Ejército, la Armada y la Policía retomaron hace meses la iniciativa en la guerra y restablecieron su presencia en casi todos los cascos urbanos. Hoy se combate mucho más por iniciativa de las Fuerzas Armadas y se causan (y se sufren) más bajas. Casi todas las actividades de los grupos armados han disminuido. Pero esto no implica que aquellos no estén en condiciones de lanzar ataques por sorpresa. Y que, en consecuencia, el Estado no deba seguir refinando su estrategia, además de estimular la creciente colaboración de la ciudadanía para enfrentarlos.

De hecho, la conclusión que dejan los alevosos ataques de Neiva y la base militar de Santamaría es que conviene ir con más calma y menos triunfalismo. La derrota de los grupos guerrilleros no está a la vuelta de la esquina. Al calor de lo sucedido cuesta trabajo creer que hace apenas dos semanas el comandante del Ejército, general Martín Orlando Carreño, haya sugerido que las Farc no están replegadas, sino derrotadas. Excesos verbales que para nada contribuyen a la causa y que, por el contrario, les incrementan el valor a las acciones de la guerrilla. Hay que entender, en fin, que hechos como los del Huila se seguirán presentando. Lo importante es que las Fuerzas Armadas mantengan la iniciativa y la moral en alto. Y, por supuesto, la confianza de la opinión pública.

**Los atentados del Huila demuestran que la guerra es larga, que las Farc están replegadas -más que derrotadas- y que conviene moderar el triunfalismo.**

## Sectarismo con luz propia

Creíamos que los vientos de reconciliación política que llegaron con el vilipendiado Frente Nacional se habían llevado las cenizas de ese sectarismo tenaz en que 'chulavitas' y 'cachiporros', si no se agredían, tampoco se saludaban o se evitaban en los caminos. Ignoraban al otro partido, a menos que fuera para cruzarse insultos, y cuando veían una prenda roja o azul, respectivamente, era como si se les hubiera aparecido el mismísimo diablo. Preferían morir ahogados antes que aceptar la rama salvadora, si esta venía del otro partido.

Es conveniente que en un país exista pasión por los partidos -cuando los hay-, pero bien canalizada. Es posible que hayan quedado resquemores del pasado, pero no creíamos posible que todavía hubiera historias como la del municipio de Cañuelar, en Córdoba, precisamente un departamento que fue ajeno a la violencia

política, donde liberales y conservadores no comparten ni la lancha, así sea la única que haya.

El caso de José Pérez Pérez, quien no quiere aceptar que le conecten la indispensable luz eléctrica a su humilde vivienda por el hecho de ser obra de un alcalde liberal, es una muestra de sectarismo y de un orgullo pasado de moda. Lo peor es que es un sentimiento general en aquella localidad. Pero alguien tiene que iluminarles el bombillo y decirles que afortunadamente se han superado esas oscuras épocas. A lo mejor no saben que algunos de sus copartidarios, los conservadores o godos, como dicen en Cañuelar, son amigos de la reelección de un presidente liberal. Los tiempos han cambiado: la política ya no se hace a bala, y en la fuente de lo que antes se llamaban los partidos tradicionales ahora abrevan gentes de todas las pintas y colores.

editorial@eltiempo.com.co